

EL JARDIN DE ATRÁS

Eva González y Claudio Monte trabajan en el mercado de arte. Han sido amantes por un tiempo. Después de la ruptura, coincidir con él en la mayoría de las subastas se ha convertido en un verdadero fastidio para ella.

Claudio juega con la vida. Los remates, las exposiciones, las obras falsas y las auténticas, los clientes y las mujeres. Además, nunca deja de recordarle a Eva que excepto la “s” final, nada diferencia su apellido con el de la pintora francesa: Eva Gonzalès. De igual manera, cambia la “t” de lugar en el suyo, para decir que el mismo “*Claude Monet*” vive en su persona.

Se reencontraron una noche en la calle Arroyo. Varios de los buenos anticuarios de Buenos Aires están ubicados en ese pasaje angosto y corto:

-Siempre elegante mi pintora – la abordó tocándole un hombro.

-Hola Claudio – Ya estaban uno frente al otro. El pelo tomado de Eva en un moño, provocó el comentario.

- “*Le Chignon*”, tan maravilloso como el cuadro. Aquel está pintado para dejar ver una espalda elocuente ¿Y éste?

-Para que su dueña se vea más prolija a pesar de la humedad- cortó ella.

- ¿Qué te trae por Buenos Aires?

-La colección Sassmann ¿Y a ti?

-Lo mismo... ¿Comemos? Sería bueno ponernos al día ¿Cuándo llegaste?

-Hoy, pero no puedo esta noche, gracias- y sin más explicaciones, apuró el paso para perderse en el gentío.

Francisca Lyon

La mañana siguiente comenzó temprano. La sucesión Sassmann abría las puertas de la propiedad del coleccionista para la exposición previa al remate.

Camino a la casa, Eva rescató de su memoria aquel primer encuentro con Wilfred Sassmann, ocho años atrás. Algo único. Una cita especial, solos los dos, porque ese hombre, dueño de una de las colecciones más famosas del país, necesitaba consejo. Lejos de congraciarse con el anciano, habían discutido largamente sobre la autenticidad de uno de sus cuadros. No hubo acuerdo. Los certificados que Wilfred tenía en su poder, todos ellos de renombrados anticuarios, no amedrentaron la decisión de Eva al sostener que el cuadro era falso. El viudo de Elfride defendió la obra con vehemencia, se trataba del último regalo de cumpleaños que le había hecho su mujer.

Al entrar, fue inevitable para ella detenerse frente a una mesita redonda, al costado del acceso. Una foto de Wilfred y Elfride, sonrientes, abrazados, recibía a los huéspedes.

- ¿Lo conocía?

-Sí.

-Me llamo Gunther Sassmann, es un gusto para mí saludarla – el nombre, su acento y la excesiva formalidad, la sacaron de su breve ensueño y levantó la cabeza inmediatamente.

-Yo soy Eva González, curadora de arte.

-Bienvenida – el hombre estiró su mano y ella le correspondió.

Un asistente le ofreció un catálogo. Lo abrió en seguida. Buscaba el cuadro de la discordia, pero no lo encontró. En un rápido ojeo comprobó que tampoco estaba toda la colección a la venta. Faltaba mucho por mostrar.

No vio acercarse a Claudio:

-Te perdí anoche. Desapareció mi bella pintora dejando a este artista abandonado... cuéntame qué andas buscando para que no peleemos en la subasta del miércoles.

-Un cuadro falso.

-Ya veo. Hermética como tu tocaya impresionista. Aunque fuera la discípula preferida de este admirador que pintaba su belleza.

-Te equivocas, el que la retrató fue *Edouard Manet*, amigo mío. No *Claude Monet*, así que, aunque juegues con tu letra, no va a resultarte. Y ahora, te dejo, tengo trabajo.

Los recorrió todos. El cuadro, efectivamente, no estaba a la venta. Tenía varios encargos y se aseguró de ver que los lotes fueran los que le habían solicitado.

Seguía concentrada en sus notas cuando le preguntaron:

- ¿Conoce el jardín de atrás? – era Gunther, impecable en su traje gris.

-No, no he estado nunca.

- ¿Ni siquiera la tarde que tomó té con mi padre?

-Pero cómo... Así que usted estaba al tanto de esa visita.

-Mi padre me lo contó poco antes de morir.

- ¿Lo veía seguido? Porque usted no es de aquí...

-Vivo en Alemania, pero viajo mucho. Acompañeme.

Salieron por una puerta lateral, bien disimulada. Casi sin darse cuenta, Eva estaba en el jardín de atrás. Un lugar pequeño, escogido, cuidado, con bellísimas plantas.

-Allí vamos, al viejo invernadero.

Entraron. El espacio era reducido, el techo, traslúcido y las paredes, mitad de piedra y mitad vidrio. Desde el interior, no se veía la casa grande.

-Es una maravilla.

-Le muestro más- Gunther encendió una lámpara.

Eva lo vio en seguida. Estaba allí. Se acercó al cuadro, lo observó. Luego se alejó un poco más. Era el mismo.

-Usted sabe que es falso.

- Cuál de ellos...

- ¿Cómo "cuál"?

El hombre se acercó a la pintura. La dio vuelta. En el dorso de la tela aparecía el retrato de una mujer sentada, con un largo vestido blanco y el pelo tomado. Debajo, la cursiva que ella reconoció al instante: *Manet...*

El corazón le galopaba en el pecho. Se acercó de nuevo. Gunther prendió otra luz y la silueta femenina tomaba vida ante sus ojos.

-Tengo algo para usted- sorprendida, ella se apartó -como le dije, mi padre hablaba de usted, Eva. La única que reconoció el cuadro falso. Él conservaba todos los certificados de autenticidad. Ni el más experto pudo verificarlo.

Francisca Lyon

Por supuesto, tampoco sabían que en el reverso había otra pintura. Después de su intervención, él llevó el cuadro a un restaurador de confianza. Juntos, sacaron el marco y descubrieron la pintura del otro lado. Entendió, entonces, por qué mi madre se lo había regalado. Si bien, él era el coleccionista, ella siempre fue su gran consejera, nunca habría cometido el error de comprar una pintura falsa. Sostenían largas conversaciones donde discutían el origen de las obras, el porqué de adquirirlas, el valor que tenían para ellos, más importante que el precio del mercado. El arte era su disfrute personal. Por favor, siéntese y lea la nota

¿Una copa?

La muchacha se sentó a leer. Recibió la copa. Un vino rosado exquisito, muy apropiado a la hora, casi mediodía. El cristal era tan fino que acercar sus labios al borde adelantaba el deleite en el paladar.

La nota era un agradecimiento. Eva no podía creer lo que seguía.

Enfundado en su traje de franela, Gunther sonreía con su copa en alto, lista para brindar: Wilfred Sassmann dejaba constancia en esas líneas que el cuadro era para ella.

-No puedo aceptarlo. Sus herederos podrían oponerse.

-Yo soy el único heredero y no me opongo. Es más, podríamos trabajar juntos.

¿Qué le parece participar de la Fundación Sassmann? Porque habrá notado que sólo una parte de la colección saldrá el miércoles a remate. Mi padre dejó órdenes precisas sobre cuáles vender. Sus aspiraciones eran otras y también cauteló los medios que necesitaríamos para lograrlas. Pero no nos adelantemos.

Francisca Lyon

La invito a almorzar. Salgo yo primero y la espero en el auto. No se pierda en el jardín de atrás...

Eva necesitó un momento para irse. Apuró la copa. Ella misma apagó las luces y dio vuelta el cuadro nuevamente. Cerró la puerta, cruzó hasta la casa.

En medio del salón divisó a Claudio. Parecía buscarla, al verla se interpuso en su camino.

- ¿Pintamos algo juntos esta tarde?

- ¿Falso? – preguntó Eva sonriente.

-Y... tendrá que ser así nomás.

-Prefiero lo auténtico.

-Pero... ¿no dijiste que estabas buscando una pintura falsa?

-No dije “una pintura” dije “un cuadro”. La pintura es auténtica...

-Ahora sí que no te entiendo – hizo ademán de abrazarla y ella se apartó.

-Así somos las pintoras... Nos vemos en el remate. Hasta entonces, *Claude*.

Claudio quiso seguirla, pero un mozo de chaleco a rayas y guantes blancos le ofreció más *champagne*. Cuando pudo sortearlo, sólo vio un auto partir. Los vidrios oscuros velaban el interior.

Por alguna razón, esa tarde, la broma con su nombre, no le hizo gracia.

NOTA: Eva Gonzalès (1847-1883) francesa, pintora impresionista. Única alumna de Edouard Manet, artista que la retrató varias veces. Ella muere una semana después que su maestro.